

báronse por orden suya todas las estatuas de los dioses; y multitud de templos, últimos vestigios del culto de los ídolos, vinieron á tierra á impulso del ardoroso celo de los monjes. Los filósofos paganos habian renunciado á luchar abiertamente contra el Cristianismo. De aquí los términos hiperbólicos de que se sirve Teodosio II en una de sus leyes (hacia el 423), en la cual asienta que ya no existia ningun pagano en Oriente: de aquí tambien la leyenda de los Siete Hermanos, dormidos en Éfeso, cuando la persecucion de Decio, y que se despertaron llenos de alegre admiración bajo el reinado de Teodosio II, al ver flotar sobre la ciudad y el mundo el victorioso estandarte de la Cruz ¹.

Invadido el Occidente por inundaciones de bárbaros, no vió establecerse y propagarse en su seno el Evangelio tan pacíficamente como en Oriente; á mas de que Honorio (395-423) se mostró allí menos severo. Es cierto que habia ordenado destruir los templos que aun quedaban en las campiñas ²; pero dispuso su conservacion en las ciudades, como objetos artísticos, disposicion que mas adelante hizo observar en todas partes Gregorio Magno. Por mas que Valentiniano III (hasta 435) quisiera prohibir la idolatría ³, se vió obligado á contener la destruccion de los templos, porque la extremidad á que el imperio se veia reducido por la invasion de los bárbaros, era atribuida generalmente al desprecio en que habian caido los dioses de Roma ⁴; y tan extendida se hallaba esta opinion, que Orosio y el mismo san Agustin creyeron deber combatirla en sus escritos. Así fue como se conservaron aparentemente hasta el fin de este período algunos restos aislados del Paganismo, con especialidad en Cerdeña y Córcega, á pesar de las medidas severas tomadas por Leon y Antemio ⁵ y el emperador Justiniano; los primeros castigaban la idolatría con la confiscacion de bienes, privacion de cargos y dignidades y con penas corporales (467-72): el último llegó hasta decretar la pena de muerte contra los idóla-

¹ *Gregor. Turon.* de Gloria martyr. Paris, 1740, p. 245. *Reineccius*, de Sept. Dormientib. Lips. 1702.

² *Cod. Theod.* XVI, 5, 42.

³ *Cod. Theod.* XVI, 10, 17, 18.

⁴ Cf. *Zosim.* IV, 59, et *August.* de Civ. Dei, XVIII, 13.

⁵ *Cod. Justin.* I, 11, 7, 8. *Phot.* Cod. 242.

tras ¹, hizo cerrar la escuela neoplatónica de Atenas, y permitió al obispo jacobita Juan que diese muerte á distinguidos y letrados paganos ².

§ CIII.

Polémicas de los Paganos.—Apologistas cristianos.

FUENTE.—*Döllinger*, Man. de Hist. eccles. t. I, P. II, p. 50-91.

Lo que animó y prolongó sobre todo la lucha del Paganismo contra el Cristianismo, fue la polémica de los filósofos y retóricos paganos, polémica arrogante y llena de pretension, que no lograron interrumpir las mas encontradas circunstancias. Á no dudar, el ataque mas sério fue el que le dirigió Juliano, quien se esforzó en sus tres libros en no atribuir al Antiguo Testamento mas que el valor de un mito; se burló del culto de los Mártires, y llegó hasta poner en duda la pureza de la vida de los Cristianos. Á las maravillas de Jesús crucificado oponia el apóstata con amargor desde las magnificencias de la literatura griega y de la dominacion universal de los romanos ³. — Casi en la misma época apareció el diálogo intitulado *Philopatris*, imitacion de los de Luciano, dirigido principalmente contra la doctrina de la Trinidad y el débil patriotismo de los monjes ⁴. La escuela neoplatónica abrió de nuevo sus academias en Atenas y Alejandria, procurando alegorizar y espiritualizar el Paganismo. En este último punto aparecieron († 333) Jámblico, Hierocles é Hipatia; y allí Plutarco,

¹ *Procop.* Hist. arc. p. 302. *Theophan.* Chronogr. p. 133. *Malalae*, Chronogr. (hacia el año 600). Ven. P. II, p. 63, 82.

² *Assemanni*, Bibl. orient. t. II, p. 83.

³ Los fragmentos que trae san *Ciril. Alej.* adv. Jul. lib. X (los tres primeros libros), especialmente publicados en la defensa del paganismo del emper. Julian. por el *Marqués de Argens*. Berl. 3.^a ed. 1769.

⁴ Este diálogo se encuentra en *Luciani*, opp. ed *Reitz*. t. III, p. 708 sq. — *Gessneri*, de Aetate et auct. dial. Luciani, qui Philopatris inscribitur, disput. ed. III, Goett. 1748. Segun el prefacio de *Niebuhr*, t. XI. Corp. script. hist. Byzant. ed. Bonn. p. IX, este diálogo debió de haber sido compuesto en tiempo del emper. Focas. (968 ó 69).

Syriano, Proclo, Máximo, Isidoro, Damascio, Simplicio y Máximo de Tiro¹, ayudando á todos estos filósofos en su designio los retóricos Himerio, Temistio († 390) y Libanio († 395). Los Neoplatónicos lograron atraer á su causa á muchos paganos letrados, rechazando de las tradiciones politeistas todo lo que tenían de mas grosero, y cuidando de ennoblecerlas con la liga de elementos cristianos. Llegaron hasta pretender que la diferencia de carácter de los pueblos exigia la misma diferencia en su religion, y necesitaba ese sincretismo religioso que vemos expuesto en Proclo, Hierocles y Simplicio², y defendido por Calcidio³ en su comentario sobre el *Timeo* de Platon, dirigido al cristiano Osio, y por el historiador Amiano Marcelino⁴, quienes habian osado atacar la invencible fidelidad de los Mártires y la vida pura de tantos obispos, intrépidos confesores de la fe. Á este respecto decia Proclo: «El filósofo no se atiene á tal ó cual culto; no es extraño á ninguna forma de religion, porque es el gran sacerdote del universo.» «¿Qué importa, añadía el prefecto Simaco, el camino por donde se llega á la verdad? ¡Tan misteriosa es, que deben existir muchas sendas que conduzcan á ella!» Rechazando, pues, lo que el Politeísmo encerraba mas opuesto al Cristianismo, y reconociendo la unidad de Dios juntamente con otros puntos de la doctrina cristiana, apareció la escuela neoplatónica. A los ojos del filósofo, el Cris-

¹ *Libanii*, orationes, ed. Reiske. Altemb. 1791, 92, 4 vol. *Themistii*, orat. ed. Harduin, Par. 1684, in fol. *Jamblichi*, de Mysteriis Aegypt. ed. Gale. Oxon. 1678, in fol. *Procli*, 18. Argumenta contra christianos, así como la refutacion en *Joann. Philoponi*, lib. 18 de Aeternitate mundi graecè. Ven. 1335, lat. vert. *J. Mahatius*. Lugd. 1557, in f. *Hierocles*, de Providentia et fato, etc. comment. Los extractos conservados por Focio, ed. Lónd. 1673, 2 vol. en 8.º: Comment. de aureis Pythag. versib. Rom. 1475. Par. 1583.

² *Simplicii*, Comment. in Epicteti Enchirid. Lugd. 1640, in 4, ed. Schweighæuser, p. 150, 400 sq.

³ *Chalcidius* (siglo IV), Comment. in Platon. Timaeum (opp. S. Hippolyti ed. Fabricius. t. II). *Fabricius*, Bibl. lat. t. I, p. 366. *Moshem*. Animadvers. in *Cudworth*, System. intell. p. 732 sq.

⁴ *Amm. Marcell.* Hist. XXII, 11; XXVII, 3, pág. 480 sig. á pesar de su admiracion hácia los Cristianos, justifica las predicciones sacadas del vuelo de los pájaros, de las entrañas de los animales, etc. XXI, 1 p. 263 sig. su afan por espiritualizar el Paganismo le hace decir: Mercurio no es mas que: Mundi velocior sensus. XVI, 5, p. 115.

tianismo y el Paganismo debían ponerse bajo el mismo nivel, no siendo el uno y el otro mas que manifestaciones particulares del espíritu humano. Dios, decían ellos, está tanto mas honrado, cuanto mas diversas son las formas religiosas de los pueblos, pues esta misma diversidad, en sentir suyo, llegaba á ser el motivo de una santa emulacion y un vivo aguijón para la piedad de los fieles.

Pero cuando salían de la esfera filosófica y llegaban á los hechos positivos del Cristianismo, lo atacaban entonces con acrimonia y mala fe, acumulando sofismas sobre sofismas, comparando el culto de los Mártires y la veneracion de las reliquias al abolido culto de los ídolos, preguntando por qué razon habia venido Cristo tan tarde, si habia de revelar la Religion absoluta, y calumniando de varios modos la vida y los sentimientos políticos de los Cristianos. Sin embargo, los adversarios del Evangelio hacían oír de cuando en cuando á los Cristianos muy amargas verdades, cuando les acusaban de abusar, no obstante los consejos de sus Doctores, de la fuerza que el tiempo habia puesto en sus manos; de haber hecho morir cruelmente en Alejandría á la docta Hipatia, y de haber impulsado á Justiniano á cerrar las escuelas filosóficas de Atenas (529), y obligado á los filósofos Damascio, Isidoro y Simplicio á que se refugiasen en Persia donde poder enseñar libremente su doctrina. «La Religion, decia Libanio en esta ocasion, es esencialmente contraria á la violencia: solo la conviccion es acepta á sus ojos; la coaccion le repugna. ¿De dónde viene, pues, vuestro ciego furor contra los templos? Destruirlos, como lo haceis, es emplear la fuerza y no la persuasion; es violar abiertamente las propias leyes de vuestra creencia.»

Estas falsas interpretaciones, estas alteraciones pérfidas del Cristianismo, suscitaron admirables apologistas. «Venid (decia Ambrosio, refutando el eclecticismo religioso y el orgullo de la ciencia humana), y aprended en la tierra la vida del cielo. Nosotros estamos en la tierra, pero vivimos en el cielo. El Dios que me ha criado es quien me enseñará los secretos de la vida celestial, y no el hombre que no se conoce á sí propio.» Vióse entonces coger la pluma para defender la verdad y refutar y arrancar la máscara á la vanidad del Paganismo, á los dos Apolinarie-

de Laodicea en Siria ¹, á Lactancio ², el Ciceron cristiano, discípulo de Arnobio y preceptor de Crispo el hijo de Constantino; y por último á Eusebio, obispo de Cesarea ³ († 340), y al gran Atanasio, quienes demostraron perfectamente en sus obras cómo se debía refutar el Paganismo, y establecer la doctrina cristiana de una manera científica. Firmico Materno ⁴ no anduvo tan acertado, cuando, desconociendo completamente el espíritu del Cristianismo, impulsaba en una obra, sobrecargada de textos del Antiguo Testamento, á los emperadores Constante y Constancio á que oprimiesen á los Paganos. El cáustico Juliano tuvo un brillante adversario en el elocuente y poético Gregorio Nacianceno, contemporáneo suyo ⁵, y en el vigoroso Cirilo de Alejandría, que barrió los últimos restos de su mordaz y pérfida polémica ⁶. Por el mismo tiempo, el sábio y piadoso Teodoreto, obispo de Giro († 458), procuró *extirpar los errores del Paganismo* ⁷, comparando las ideas cristianas con las nociones de los idólatras, las profecías bíblicas á los oráculos paganos, los Apóstoles á los legisladores de Grecia y Roma, y la sublime moral del Evangelio á la de los filósofos. Probablemente entonces se compuso la *Conferencia* entre el cristiano Zaqueo y el filósofo Apolonio ⁸, en la cual

¹ Sobre Apolinar cf. *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 104. — *Socr.* Hist. eccl. III, 16. — *Sozom.* Hist. eccl. V, 18.

² *Lactantii*, Institutionum divin. lib. VII. — De Mortib. persecutor. (*Galland.* Bibl. t. IV, p. 229 sq.) opp. ed. *Bünemann.* Lips. 1739; — *le Brun* y *Dufresnoy.* Par. 1748, 2 t. in 4. Cf. *Mæther*, Patol. t. I, p. 917-33.

³ *Euseb. Caesar.* Praeparatio evangelica, lib. XX, ed. *Vigerus*, Par. 1628; libb. XX (solamente I-X) c. not. *Montacutii*, Par. 1628. Por completo en *Fabricii*, Delectus argumentor. et syllab. etc. Véase § 69. Praeparat. et Demonstr. evangel. ed. Colon. 1688. — *Athanasii*, Sermo contra Graecos (opp. ed. *Montfaucon.* Par. 1698, t. I).

⁴ *Firm. Maternus*, de errore profan. relig. ed. (c. Minut. Felice) Lug-Batav. 1709; ed *Münter.* Havniae, 1826.

⁵ *Greg. Nazian.* in Julian. Apost. invectivae duae.

⁶ *Cyrill. Alex.* lib. X contr. impium Julian. (opp. ed. *Aubertus*) con las obr. de Julian. ed. Spanheim, Lips. 1696.

⁷ *Theodoret.* Graecarum passionum curatio. (opp. ed. *Schulze*, tom. IV, p. 686 sq.).

⁸ Consultat. Zachaei christiani et Apollonii philos. (*d'Achery* Spicileg. t. I, p. 1-41).

procura este defender el culto de los ídolos, comparándolo con los honores hechos por los Cristianos á las estatuas de los Emperadores; y Zaqueo lo refuta exponiéndole la verdad. Orosio, sacerdote español, natural de Tarragona ¹, refutó la odiosa preocupacion, extendida por el imperio en el siglo V por los historiadores Eunapo de Sardes y Zozimo, preocupacion que atribuía al desprecio en que habian caído los dioses de Roma la ruina del Estado causada por la invasion de los bárbaros. Esta refutacion, que invitado por san Agustin habia hecho Orosio bajo el punto de vista histórico, fue completada mas tarde por el mismo san Agustin ², considerado el punto especulativa y dogmáticamente en su profunda obra sobre el origen, la constitucion, el progreso y el fin de la *Ciudad de Dios*, en oposicion á la ciudad del mundo, ó sea el Paganismo. En sus diez primeros libros traza san Agustin con firme mano el cuadro de las contradicciones de las teorías políticas, poéticas y filosóficas de la teología pagana, refutando sus vanas opiniones. En los doce siguientes, partiendo de esta verdad fundamental, á saber, que solo en Jesucristo y por Jesucristo es posible y existe en efecto el conocimiento de Dios, expone la construccion de la ciudad de Dios desde la creacion y el pecado original, al través de los tiempos del Antiguo y el Nuevo Testamento, hasta el juicio final, la felicidad eterna de los justos, y el fin sin fin ³. Este denonado apologista del Cristianismo exclama con firmeza ⁴: «Si todos los reyes de la tierra, y todos los pueblos del mundo, si todos los grandes y los magistrados, y los jóvenes y los ancianos de cualquiera edad ó sexo, todos aquellos á quie-

¹ *Pauli Orosii* adv. pagan. etc.

² *August.* de Civ. Dei.

³ *August.* Retract. II, 43: Interea Roma, Gothorum irruptione, agentium sub rege Alarico atque impetu magnae cladis, eversa est: cujus eversionem deorum falsorum multorumque cultores, quos usitato nomine paganos vocamus, in christianam religionem referre conantes, solito acerbius et amarius Deum verum blasphemare coeperunt. Unde ergo erubescens zelo domus Dei adversus blasphemias eorum vel errores, libros *de Civitate Dei* scribere institui. — His ergo decem (prioribus) libris duo istae vanae opiniones christianae religioni adversariae refelluntur; sed ne quisquam nos aliena tantum redarguisse, non autem nostra asseruisse reprehenderet, id agit *pars altera* operis hujus, quae libris XII continetur, etc.

⁴ *August.* de Civ. Dei, II, 19.

«nes llama el Bautista, escuchasen y cumpliesen la doctrina de «Jesucristo, un pueblo de tal modo acondicionado participaría á «la vez de la dicha en la tierra y la felicidad en el cielo.» «Dios, «dice tambien san Agustin refiriéndose á las virtudes cívicas de «los antiguos romanos, comparadas con el Cristianismo ¹, Dios «demostró con la prosperidad de Roma lo que valen las vir- «tudes cívicas aun sin la verdadera Religion, á fin de enseñar á los «hombres que si la Religion verdadera viene en ayuda de su mé- «rito natural, pueden llegar á ser los ciudadanos de una sociedad «donde la verdad reine, la caridad presida y la eternidad se per- «petúe.»

Salviano, sacerdote galo, compuso con el mismo objeto una apolo- gía del Cristianismo († 484²), demostrando en ella que las espantosas desgracias del imperio romano, invadido por los bárbaros, no eran efecto de la propagacion del Cristianismo, sino una consecuencia ne- cesaria de los justos juicios de Dios.

§ CIV.

Obstáculos que encuentra la propagacion del Cristianismo.

La rápida propagacion del Cristianismo en el imperio romano no fue contenida solamente por la polémica de los filósofos y re- tóricos, sino tambien por los mismos cambios que se operaron en la vida de los Cristianos. Hubo muchos paganos que abrazaron el Cristianismo sin verdadera conviccion ni conversion sincera, atraí- dos solo por los privilegios que les habian sido concedidos. Estos

¹ *August. epist. ad Marcellin.* 148, n. 17: Qui vitis impunitis volunt stare rempublicam, quamprimum Romani constituerunt, auxeruntque virtutibus, etsi non habentes veram pietatem erga Deum verum, quae illos etiam in aeternam civitatem posset salubri religione perducere; custodientes tamen quamdam sui generis probitatem, quae posset terrenae civitati constituendae, augendae con- servandaeque sufficere. Deus enim sic ostendit in opulentissimo et praeclaro imperio Romanorum quantum valerent civiles etiam sine vera religione virtu- tes, ut intelligeretur hac addita fieri homines cives alterius civitatis, cujus rex veritas, cujus lex caritas, cujus modus aeternitas. (Ed. Bened. t. II).

² *Salvian. Massil.* (an. 440) de Gubernatione Dei, Lib. VIII. (Opp. ed. Baluz. Par. 1684, in 8; Max. Bibl. t. VIII).

cristianos en el nombre y la forma no caminaban por la vía pura y santa de los fieles primitivos, cuyas virtudes habian arrastrado á tantos paganos. Refiriéndose á esto mismo, dice san Agustin: «Encontraréis muchos paganos que no quieren abrazar el Cris- «tianismo, porque creen que tienen bastante con su vida arre- «glada. ¿Qué mas hay que hacer que ser un hombre honrado? «¿Qué mas puede exigir Cristo? ¿Quereis que me haga cristia- «no? ¿Con qué objeto? He sido la bafa de un cristiano, y sin em- «bargo yo nunca he engañado á ninguno: he sido víctima del fal- «so juramento de un cristiano, y yo jamás he quebrantado mis ju- «ramentos ¹.»

Semejantes obstáculos con otros mil de diferente género ² fueron no obstante vencidos por el poder del Evangelio, por la ciencia y la virtud de sus Doctores y la piedad perseverante de sus religio- sos: aun la misma persecucion de Diocleciano favoreció la pro- pagacion de la verdad, esparciendo sus Confesores y testigos por las regiones remotas donde no habia llegado todavía la luz evan- gélica: la guerra, por último, fue tambien uno de los medios que mas eficazmente contribuyeron á difundir la pacífica doctrina del Sal- vador.

§ CV.

Propagacion del Cristianismo en Asia.

Habíanse formado en Persia, desde el período precedente, nu- merosas comunidades cristianas que tenían á su frente á Ctesifon, obispo de Seleucia. Cuando el Cristianismo fue declarado religion del imperio, procuró la oposicion política hacerlo sospechoso á los oprimidos persas, y los sacerdotes magos se esforzaron en alimen- tar con todo su poder el odio de sus conterráneos á la religion de Jesucristo, sin que surtiera gran efecto la carta en que Constan- tino Magno habia calorosamente recomendado al rey Schabur II (309-81) la suerte de los Cristianos ³. Poco despues habiendo es-

¹ *August. Tract.* 25, n. 10, in Joan. VI, 26: enarrat. II, n. 14, in Ps. xxv.

² Cf. *Neander, Hist. eccles.* t. II, P. I, p. 132.

³ *Euseb. Vita Const. M.* IV, 9-13.

tallado la guerra, Schabur mandó matar á Simeon, obispo de Seleucia, juntamente con otros cien eclesiásticos. En esto, los sacerdotes persas concitaron una sangrienta persecucion ¹ en la que perecieron, segun el testimonio de Sozomeno, diez y seis mil cristianos, sin contar aquellos cuyo nombre se ignora; quedando vacante por espacio de veinte años la silla episcopal de Seleucia, martirizados los dos sucesores de Simeon. En vano se habia ordenado á los Cristianos «que adorasen al sol, bebiesen sangre, «honrasen la divinidad de Schabur, rey de reyes, y abjurasen la «religion de los romanos.» Maruthas, obispo de Tagrit en Mesopotamia y diputado de los Cristianos cerca del rey de Persia, logró disponer favorablemente al sucesor de Schabur, Jezdescher I (400-20); pero habiendo Abdas, obispo de Susa, á impulso de un inconsiderado celo, destruido un altar consagrado al Fuego, renovóse la persecucion con mas furor que antes, persecucion que enrudecida durante el reinado de Bahran V, el gran enemigo de los Cristianos, fue llevada por Zersagen hasta la crueldad mas refinada. Solo con la fuerza de las armas pudo domeñarla (422 ²) Teodosio II, ayudado por la noble y generosa resolucion de Acacio, obispo de Amida en Mesopotamia, quien, merced á la venta de los vasos preciosos de su iglesia, consiguió libertar siete mil prisioneros ³. En esto, vinieron á perturbar de nuevo la Iglesia las luchas intestinas de los Nestorianos. Despues Cosroes II, habiéndose apoderado de Jerusalem (614), oprimió á los cristianos de Palestina, llevándose á Persia como trofeo de su victoria la cruz del Salvador, hallada por la piadosa emperatriz Helena, y que, recobrada por el emperador Heraclio (621-28), fue devuelta triunfante á Jerusalem, despues de reconquistada esta ciudad.

Aun cuando en la Armenia ⁴ se esparcieron desde muy temprano

¹ Sozom. Hist. eccl. II, 9-14.

² Theodoret. Hist. eccl. V, 39. — Socrat. Hist. eccl. VII, 18-21. Cf. Acta Martyr. Orient. et Occid. ed. Steph. E. Assemanus. Rom. 1748, in f. P. I. Cf. Dellinger, Man. de la Hist. eccl. t. I, P. II, p. 108-26.

³ Sócrates, Hist. eccl. VII, 21 sig.

⁴ S. Martin, Memorias históricas y geográficas sobre la Armenia. Par. 1818 sig. 2 t. — Narratio de reb. Armeniae à S. Gregorio ad ultimum eorum schisma. (Combesii, Bibl. PP. auctor. t. II). — Agathangeli, Acta S. Gregorii,

las semillas del Cristianismo, no vió sin embargo esta region desarrollarse y fortificarse la nueva doctrina hasta la época en que nos vamos ocupando. Á principios del siglo IV fue convertido el rey Tiridates por san Gregorio el Iluminador, hijo de la raza armenia de los Arsácidas ¹. Al comenzar el V, Miesrob, que antes habia sido secretario del Rey, trabajó activamente en union del patriarca Sahag, en la propagacion del Cristianismo, dando mucho gozo á los armenios con una traduccion armenia de las santas Escrituras ². Cuando la Armenia llegó á ser una provincia persiana (429), y se trató de introducir en ella por la fuerza la idolatria del Zend, hicieron los armenios una resistencia tan desesperada (442-58), que lograron arrancar la autorizacion de la libre práctica de su religion, á la cual permanecieron fieles, á pesar de las tentativas practicadas para hacerlos vacilar, perturbar el país é imponerle la doctrina de Zoroastro. Durante esta lucha fue cuando Moisés de Chosroë escribió su historia de la Armenia, única fuente que nos resta de los hechos de esta época.

Una piadosa jóven cristiana llevó, bajo el reinado de Constantino Magno, la luz del Evangelio á Iberia en las faldas del Cáucaso (Georgia). Los esfuerzos de la Reina ganaron al mismo Rey para la causa del Cristianismo, y le obligaron á pedir á Constantino Magno obreros evangélicos. El Evangelio se propagó poco á poco entre los iberianos y los albaneses, sus vecinos, y las tribus limítrofes ³. Los lacios de la Cólquida y los ábaros conocieron probablemente el Cristianismo hácia el siglo VI. Una brillante embajada, dirigida por el obispo arriano Teófilo, fue enviada por el emperador Constancio á los sabeos y los homeritas de la Arabia

graecæ et lat. (Acta SS. ed. Bolland. m. sept. t. VIII, p. 321-400). Windischmann (I. J.), Hechos de la historia de la Iglesia armenia ant. y mod. (Reb. trim. de Tubing. an. 1835, p. 3).

¹ Sozom. Hist. eccl. II, 8. — Moses Chorenens. (hácia el 440) Hist. Armeniae, armen. et lat. ed Whiston, 1736, publ. p. Zohrab. Venet. 1805, texto armen. y trad. al fran. por le Vaillant de Florial. Ven. 1841, 2 v.

² Hug. Introd. á N.-T. t. I, p. 398; S. Mart. t. I, p. 7 sig. Cf. Gorium, Vida de los Sant. de la Arm. Textos originales traducidos por la primera vez por Welte. Tubing. 1841.

³ Rufin. Hist. eccl. X, 10; XI, 23. — Socrat. Hist. eccl. I, 20. — Sozom. Hist. eccl. II, 7, 24.

meridional á fin de inclinar á su Rey en favor del Cristianismo ¹, dando por resultado que el Rey se hiciese cristiano y edificase tres iglesias en Tapharan, su capital, en Aden y en Hormouz, puerto del golfo Pérsico. Monjes de las fronteras de la Palestina, tales como Hilarion en el siglo IV, Eutimio en el V, y Simeon Estilita, la maravilla de su tiempo, ejercieron su santo ministerio entre las tribus nómadas. Eutimio convirtió á Ashbeto, jefe de una tribu de sarracenos, y lo hizo consagrar obispo, despues de haberlo bautizado con el nombre de Pedro ². La vida nómada de los árabes y la multitud de judíos que á la sazón se encontraban en aquellas provincias impidieron el desarrollo del Cristianismo, cuyos adeptos fueron cruelmente perseguidos á principios del siglo VI, por haber caído el país bajo la dominación del rey judío Dunaan (Dhu-Noyas). De su orden fue traidoramente incendiada la ciudad cristiana de Negrán (523), muriendo en su consecuencia mas de veinte mil fieles ³. Elesba, rey cristiano de la Abisinia, acudió en su socorro, venció á Dunaan, y el país cayó en poder de este Príncipe. Desgraciadamente el favor de que gozaron los Nestorianos, bajo la dominación de los persas, contuvo el progreso de la verdad, y esta iglesia, tan dividida y debilitada, cayó fácilmente en las garras del Islamismo.

Desde el siglo IV fundaron varias comunidades en las Indias los cristianos de Persia. Cosmas Indicopleustes (comerciante primero, y despues monje) encontró comunidades cristianas antes del 335 en Taprobana (Ceilan), Mala (Malabar), y un obispo en Caliana (Caleco). Siendo dependientes de la Persia estas iglesias, quedaron sometidas á la influencia de los Nestorianos ⁴. El sacerdote Iaballah ha

¹ *Philostorg. Hist. eccles. II, 6; III, 4.* — Cf. *Delitzsch, Cron. eccles. de la Arab. Petr. en la Gac. teolog. y ecles. luterana, 1840, entrega 4.^a; 1841, entrega 1.^a*

² Cf. *Vita Euthymii in Cotelerii Monum. Eccl. graecae, t. II, c. 18 sq. 38 sq.*

³ De este martirio se hace mención en el Alcoran, 85, vers. 4. *Acta S. Aretae (Anecdota Graeca ed. Boissonade. t. V, Par. 1833).* Cf. *Asemanni, Bibl. Orient. t. I, p. 365 sq. Abrah. Ecchelensis, Hist. Arabum, p. 171.*

⁴ *Euseb. Caes. comm. in Jes. (Montfaucon, Collec. nova, etc. t. II, 521).* *Cosmas Indicopleustes, Topographia christiana (en el año 538), lib. III, 179.* *Montfaucon, l. I, t. II. Galland. Bibl. t. IX.*

debido llevar el Cristianismo á la China (636) y obtener la protección del Emperador ¹.

§ CVI.

En África.

Dos jóvenes llenos de santo celo por la fe propagaron el Evangelio en Abisinia, bajo el reinado de Constantino Magno, quienes atrajeron á la verdad al rey Aizana. Eran Frumencio y Edesio, hijos cautivos del sábio mercader Meropio de Tiro ². Frumencio, consagrado por el arzobispo san Atanasio, obispo de la Abisinia, estableció su silla en Axuma, y consolidó la Iglesia cristiana de aquellas regiones por medio de su actividad y las bendiciones que acompañaron su ministerio. Su memoria fue bendecida por los homeritas, cuando en el siglo VI acudieron los abisinios en socorro de sus padres perseguidos: la iglesia abisiniana, fundada por este Obispo, se ha sostenido hasta nuestros días en medio de las sectas paganas y mahometanas, y acaso está destinada á una misión providencial en el universo.

De esta suerte mientras que por una parte se ve cumplirse cada vez mas la palabra de Jesucristo, al ordenar á los Apóstoles que anunciaran el Evangelio á todas las naciones, y extenderse generalmente la religion católica; por otra, un impenetrable velo oculta á nuestros ojos los designios del Jefe invisible de la Iglesia; pues á los grandes sufrimientos que agobiaron bajo la dominación de los vándalos Gensérico y su sucesor Hunerico (á fines del siglo V) las magníficas iglesias del gran san Cipriano y san Agustín, sucedieron muy pronto su destrucción completa y la ruina de la floreciente cristiandad en el Asia, ocasionadas por el Islamismo.

¹ Segun un manusc. siríaco-chines. encontrado por los Jesuitas en 1625. Cf. *Kircheri, China illustrata. Rom. 1667, in f.*

² *Rufin. X, 9,* asegura haber recibido estos datos del mismo Edesio. — *Socrat. Hist. eccl. I, 19.* — *Sozom. Hist. eccl. II, 24.* — *Theodoret, Hist. eccl. I, 22.* — *Athanas. Apol. ad Constant. n. 31.* Cf. *Hiobi Ludolfi, Historiae Aethiopiae, lib. IV. Francf. 1681, in f. Ejusd. Comm. ad Hist. Aethiop. 1691, in f. — Le Quien, Oriens christian. t. II, p. 642.*